

INFLACION MUNDIAL * **

Intentaré resumir en este artículo el estado actual de la teoría y la comprobación empírica de las causas y los remedios de las diversas clases de inflación que acosaron al mundo en la década de 1970. Actualmente, soy un consumidor de teorías sobre la inflación y no su productor. No tengo intereses especiales para proteger y si pruebas posteriores me sugieren que algunos de los puntos de vista que hoy sustento son erróneos, estaré encantado no sólo de cambiar la posición asumida sino que también tendré el placer de haber aprendido algo nuevo acerca de este tema.

Cuando hace algunos meses inicié la revisión de la bibliografía referida a la inflación, quedé impresionado por la amplia diversidad de opiniones. Es posible encontrar siempre grupos de economistas sinceros que sostengan casi cualquier punto de vista que uno desee establecer acerca de las causas y los remedios contra la inflación y que a la vez están en condiciones de ofrecer algunas pruebas coherentes con sus teorías. Aunque más tarde empecé a discernir algo así como el surgimiento de un amplio consenso sobre el diagnóstico de la década de 1970, mi primera tarea es la de preguntar: ¿Cómo puede haber tanta disparidad de opinión en un área estudiada durante tanto tiempo?

* Este artículo fue publicado bajo el título de World Inflation en *The Economic Record*, vol. 55, nº 151, diciembre de 1979. La dirección de Estudios Económicos agradece a su autor, Profesor Richard G. Lipsey, así como al codirector de la mencionada revista, Profesor R. H. Snipe, la autorización para traducirlo al castellano y publicarlo. La versión castellana se debe a la Sra. Clara de Rotstein.

** El trabajo constituye una versión revisada de la Conferencia Conmemorativa La Trobe 1979, realizada en la Universidad de La Trobe durante la Octava Reunión de Economistas de Australia y Nueva Zelanda. La versión original puede obtenerse, en forma de folleto, en la oficina de relaciones públicas de la Universidad de La Trobe, Bundoora, Victoria. Por los comentarios y sugerencias al preparar esta versión revisada, quedo en deuda con B. C. Eaton, los miembros del Grupo de Trabajo sobre Desempleo, Inflación y Productividad de la Universidad de Yale y varios comentaristas anónimos de *The Economic Record*.

Una de las razones más importantes es que la inflación es un problema inherentemente difícil. Sin lugar a dudas, sabemos mucho acerca del funcionamiento de los mercados individuales, de modo que podemos hacer predicciones bastante útiles sobre los efectos del control de los alquileres, los aumentos del precio del petróleo, las últimas medidas del gobierno referidas al sector agrario, etc. Pero la inflación afecta el funcionamiento global de la economía. Los monetaristas estiman que se puede soslayar el problema de las interrelaciones microeconómicas mediante artificios; los estructuralistas consideran que ello no es posible; de cualquier modo, se requiere una visión del funcionamiento de la economía en su conjunto. Tales visiones amplias tienden a basarse en lo que se llama teorías de "alto nivel". Dichas teorías son difíciles de verificar porque están formuladas en términos más bien generales.

Una segunda razón es que la mayor parte de las interpretaciones de las inflaciones de la década de 1970 admiten la intervención de una gran cantidad de causas. Por otra parte, cualquier teoría compleja puede ser en parte verdadera y en parte errónea. Es una tarea muy difícil discriminar entre lo que es verdadero y lo que es falso en las teorías alternativas.

La tercera razón radica en la desilusión general de los economistas empíricos ante los resultados de la investigación econométrica. No se vieron colmadas las grandes esperanzas de las décadas precedentes en los avances que sobrevendrían de la comprobación sistemática de las teorías. La experiencia sugiere que el análisis empírico es útil, pero en lugar de un avance vertiginoso, parece que no se puede esperar sino un progreso muy lento. ¿Porqué se está tropezando con esas dificultades en el campo de la econometría?

Algunas de las dificultades residen en la naturaleza de las cosas. Las teorías de la inflación tienden a ser de "alto nivel" y, a los efectos de su comprobación, se hace necesario disponer de un número mucho mayor de especificaciones *ad-hoc* adicionales de la estructura de las relaciones y de los retardos involucrados. Una "refutación" empírica particular sólo refuta esa especificación particular. El investigador que defiende una teoría de alto nivel sometida a un "test" sólo tiene que retornar a su mesa de trabajo y diseñar una nueva especificación *ad-hoc*. Tarde o temprano encontrará una que se ajuste bastante bien al conjunto (finito) existente de los datos de post-guerra, en especial, cuando existen especificaciones alternativas de "los datos" y, por tanto, errores de medición (por ejemplo, índices diferentes de "el" nivel de precios).

Otras surgen de la práctica corriente de la investigación. Es común que un investigador pruebe varias especificaciones *ad-hoc*, las ajuste a conjuntos alternativos de datos, elija para su publicación la especificación y los datos que obtengan los mayores estadísticos *t*, y utilice posteriormente en su trabajo esos estadísticos *t*, como si fueran comprobaciones válidas de la

teoría *ad-hoc* particular. Es una práctica muy común, pero si se la describe, en la forma como lo hice, a biólogos e investigadores en el campo médico, éstos generalmente se negarán a creer que un proceder tan poco científico pueda esperarse de una profesión tan altamente conceptualizada como la Economía. Debido a este comportamiento común, uno no debe sorprenderse demasiado si la bibliografía contiene al menos una versión *ad-hoc* de una de las muchas teorías de alto nivel en competencia, que se ajusta tan bien como las otras a los datos existentes. Por supuesto, la prueba de fuego sobreviene cuando los modelos se extrapolan a nuevas situaciones y aquí fracasan en gran cantidad.

Otro problema creado por nosotros mismos, es que algunos autores se niegan a realizar comprobaciones sistemáticas de sus teorías, como medio de arbitrar su validez. Sostienen que sus teorías se proponen explicar la realidad, pero de un modo vago y no cuantificable. Esta actitud es particularmente frecuente entre los teóricos de la inflación de costos. A ello volveré luego.

Los genuinos problemas examinados más arriba sugieren numerosos procedimientos que pueden auxiliarnos en nuestra tarea de comprobación. Me limito a mencionar tres. Primero, no debemos dejarnos impresionar por los "tests del amanecer": comprobar una teoría con los datos contruídos específicamente para la explicación. Generalmente, un modelo no es siquiera publicado a menos que pase esta prueba. No debemos tomarlo en serio hasta que pueda ser comprobado con nuevos datos (referentes a otros tiempos o lugares), para los que no fuera *construido* especialmente. Segundo, las teorías deben verificarse sistemáticamente con *todos* los datos relevantes. El mundo real es tan complejo que siempre se puede seleccionar un subconjunto de datos que se ajuste a casi cualquier teoría fantástica que uno desee elaborar. No debemos impresionarnos con una teoría hasta que haya sobrevivido a un áspero manipuleo confrontándola con todos los datos relevantes, especialmente en manos de alguien que no esté comprometido con la verdad de la teoría. Los hechos dificultosos son la fortaleza y no la debilidad de cualquier ciencia. Cuando más dificultosos mejor. Ellos restringen nuestra capacidad para establecer teorías aceptables. Si ignoramos selectivamente los hechos que son embarazosos para nuestra teoría, relajamos este poder limitador, de manera que cualquier teoría será tan satisfactoria como cualquier otra. Tercero, se debería recurrir a las confrontaciones con mayor frecuencia. Como existe siempre alguna especificación *ad-hoc* de casi cualquier teoría que se ajusta más o menos satisfactoriamente a los datos, lo que necesitamos saber es qué teoría, en caso de haberla, se comporta sistemáticamente mejor. Pero desafortunadamente, tales pruebas comparativas son raras en nuestra disciplina.

Espero que todos estos conceptos metodológicos suenen tan obvios como para resultar trillados. Sin embargo, aún el más apresurado exámen de la bibliografía muestra que se los ignora demasiado a menudo. Los proble-

mas reales con los que nos enfrentamos para explicar y eliminar la inflación son lo suficientemente difíciles sin necesidad de que los compliquemos con procedimientos metodológicos incorrectos. La teoría de la inflación es una parte de la Economía en la que un poco de tiempo empleado en la consideración de procedimientos metodológicos buenos y malos puede, creo, rendir altos dividendos.

I. PROBLEMAS DE DEFINICIÓN

El análisis de la inflación comienza usualmente con "problemas de definición". Los debates correspondientes evidencian a menudo un marcado matiz de esencialismo y a veces degeneran en la más burda búsqueda esencialista, la que fuera castigada por Popper (1) en forma acertada y efectiva.

Pertenece al nominalismo quien cree que las definiciones nos permiten establecer categorías significativas de estudio, pero que nada podemos aprender del comportamiento de la realidad buscando las definiciones "correctas" de las cosas. En el caso de la inflación, los nominalistas suelen tomar como punto de partida ciertos hechos económicos y los describen abreviadamente con el término "inflación". Si cuentan con otro grupo de hechos, relacionados pero no idénticos, podrán asignarle otro término abreviado. Sin embargo, no perderán ni un minuto en examinar a qué grupo debe asignarse la categoría de "inflación verdadera" y cuál debe denominarse con algún otro nombre. Los esencialistas, por el contrario, buscan la verdadera esencia de la inflación y pasan mucho tiempo tratando de decidir cuál es la definición susceptible de captar mejor dicha esencia.

Previendo que las consideraciones sobre definiciones de la inflación llevarían a un esencialismo estéril, Popper advierte: "Resulta claro, por cierto, que algunos términos sociológicos como depresión, inflación, deflación, etc., se introdujeron originalmente de un modo puramente nominalista. Pero a pesar de ello, no han retenido su carácter original. Al cambiar las condiciones, muy pronto nos encontramos con que los científicos sociales disienten acerca de si ciertos fenómenos son realmente inflaciones o no; así, para una mayor precisión, podría llegar a ser necesario (desde este punto de vista esencialista) investigar la naturaleza esencial (o el significado esencial) de la inflación" (2).

(1) POPPER, K., *The Open Society and its Enemies*, Routledge, Londres, 1945.

(2) POPPER, K., *The Poverty of Historicism*, Routledge, Londres 1960, pág. 29. Este párrafo profético fue originariamente escrito en la década de 1930. Con respecto al problema general del esencialismo versus el nominalismo, véase POPPER, K., *The Open Society*, todo el cap. 1, secc. 10.

¿Qué pueden, entonces, pedir los nominalistas de una definición de la inflación? Normalmente, sólo dos cosas: primero, que sea lo suficientemente clara y precisa como para poder saber qué hechos incluye y cuáles excluye; y segundo, que delimite un conjunto de hechos que sean (para alguien) de interés (3).

Veamos ahora, a la luz de estos criterios, uno de los muchos problemas que se plantean en la actualidad en la teoría de la inflación, a nivel de definición. Hasta la década de 1970, la inflación significaba un incremento en el nivel de precios. *The International Encyclopedia of the Social Sciences* define a la inflación como "una caída en el poder de compra del dinero medido generalmente por un índice de precios" (4). En el examen del mismo problema, en la edición anterior de la misma obra (5), se sostiene, aunque en forma un tanto oscura según las normas actuales, que la inflación se refiere a cambios que se producen por única vez.

En algún momento de la década de 1970, sin embargo, la definición pasó a distinguir entre un *cambio en el nivel de precios*, concebido como un cambio "por una sola vez" y un cambio "sostenido" en el nivel de precios, definido como *inflación*. Por ejemplo, en un estudio que produjo una honda repercusión, realizado por Laidler y Parkin, la inflación es "... un proceso de precios en continuo ascenso" (6), mientras en el trabajo de Hagger, la inflación se define como "... un persistente movimiento hacia arriba del nivel general de precios..." (7).

(3) En la mayoría de los estudios que tratan de formular y probar empíricamente las teorías de la inflación, hallamos una tercera consideración: nuestras definiciones de trabajo deben relacionarse claramente con las magnitudes utilizadas en la teoría. No podremos obtener pruebas válidas si usamos magnitudes empíricas diferentes de las que ofrece la teoría, pero a las que erróneamente se atribuye igual nombre. Buscando cumplir con este tercer criterio, podemos usar vocablos que parezcan esencialistas, cuando en realidad lo que hacemos es un ejercicio puramente nominalista. Preguntamos: ¿tenemos la definición correcta?, cuando queremos decir: ¿hemos definido una magnitud medible que tenga su equivalente en las teorías que deseamos probar?

(4) 1969, vol. 7, pág. 289.

(5) 1932, vol. 8, pág. 28.

(6) LAIDER, D. y PARKIN, M., *Inflation: a Survey*, *The Economic Journal*, vol. 85, diciembre de 1975, pág. 741.

(7) HAGGER, A. J., *Inflation: Theory and Policy*, Macmillan, Londres 1972, pág. 3.

Esta definición de inflación "sostenida" se usa de ordinario en la actualidad. Sin embargo, es evidente que no logra cumplir con nuestro primer criterio de claridad. ¿Durante cuánto tiempo el proceso debe ser "sostenido"? Si el nivel de precios se eleva de 100 a 200 en una década, ¿diríamos que fue una década de inflación? Si sube en igual magnitud de un año a otro, ¿diríamos que no se trata de una inflación, porque el proceso no se mantuvo en años sucesivos, en que el nivel de precios permaneció constante en 200? Si el nivel de precios en el Reino Unido aumenta en cinco puntos a lo largo de dos años, debido a los nuevos impuestos al valor agregado, no se trataría aparentemente de una inflación, pero ¿qué pasaría si el mencionado impuesto originara una espiral de costos que elevara el nivel de precios en quince puntos más durante los próximos quince años? Si estamos en presencia de una inflación, ¿fue ella de quince puntos o de veinte puntos? "Sostenido" también fue interpretado como un aumento permanente, o irreversible, del nivel de precios. Pero como cualquier aumento dado en el nivel de precios *puede* revertirse en algún momento en el futuro, de acuerdo con esta definición, no podremos nunca saber si mientras dura el proceso, estamos o no en presencia de una inflación.

La definición que hoy se acepta corrientemente es tan vaga que uno no puede menos que preguntarse cómo es que vino a reemplazar al concepto más preciso, según el cual la inflación es un aumento en el nivel de precios (8). Me inclino por la versión de que se trataría del resultado de un complot monetarista — no una conspiración en el sentido de que fuera preconcebido, sino en el sentido de que era la única manera de salvar a la proposición monetarista básica de que una inflación sólo puede ocurrir si "... se ve acompañada por un incremento en la cantidad de dinero" (9). Constituye un ejercicio elemental de teoría macroeconómica de nivel intermedio el demostrar que un incremento en el gasto deseado provoca, en condiciones de pleno empleo y oferta monetaria constante, un incremento único en el nivel de precios. Lo mismo ocurre con un incremento exógeno de los precios de importación o de los costos domésticos (aunque aquí el nivel del producto puede bajar también). Por lo tanto, para que el principio monetarista citado más arriba se salve, era necesario que la inflación se defina de modo de excluir tales cambios en el nivel de precios. Como casi todo el mundo está de acuerdo en que las inflaciones no duran "indefinitamente" a menos que se convaliden mediante incrementos en la oferta

(8) La distinción es clara en la teoría: la inflación tiene lugar cuando la solución estable del modelo implica $dP/dt > 0$, mientras que hay un cambio en el nivel de precios cuando P cambia, pero en el estado estacionario, $dP/dt = 0$. El problema es que no existe el equivalente empírico de esta distinción y que, al tratar de usarla en la práctica, nos lleva, como veremos, a innecesarias y muy confusas piruetas verbales.

(9) LAIDER, D. y PARKIN, M., op. cit., pág. 741.

monetaria (10), la treta consistió en agregar a la palabra "sostenido", o su equivalente, "en continuo ascenso". Ahora, la definición implícita de "sostenido" se vuelve clara: "lo suficientemente prolongada como para requerir convalidación monetaria". Obviamente, ello reduce la proposición "la inflación es en todo lugar y siempre un fenómeno monetario, porque todas las inflaciones requieren convalidación monetaria", a una definición tautológica.

¿Qué clave nos ofrece la teoría económica para discernir una definición fructífera de la inflación? Si observamos todas las variables de un modelo macroeconómico de tipo keynesiano o bien monetarista, encontraremos siempre que el nivel de precios, P , es una variable básica. Un modelo bien especificado predice el nivel y la tasa de cambio de P en cualquier punto del tiempo. Nada hay en nuestra teoría que nos exija establecer una distinción arbitraria entre cambios en P de corta duración y los de larga duración. Ciertos impactos producen grandes cambios en P , otros, pequeños; algunos requieren de un largo período para producir su efecto, en otros casos, los efectos se harán sentir en su totalidad muy rápidamente. Dado el comportamiento de las variables exógenas, el modelo predice el comportamiento de P y no hay necesidad de distinguir entre inflaciones sostenidas y no sostenidas. Por lo tanto, los economistas se ocupan de explicar todas las variaciones de P , no sólo las "sostenidas".

Los nominalistas sostienen que no tiene sentido discutir acerca de las definiciones. Mientras sepamos de qué estamos hablando, no importa como lo llamemos — con la advertencia de que si utilizamos las palabras con un sentido diferente del corriente, por ejemplo, llamando negro al blanco y blanco al negro, causaremos innecesaria confusión. Para ver un ejemplo de tal confusión, tratemos de decirle a alguien que vivió en el Reino Unido durante la Primera Guerra Mundial que no hubo inflación en aquel entonces — porque el rápido incremento del nivel de precios fue revertido en los primeros años de la postguerra por una caída igualmente rápida de los precios. Adviértase también la hostilidad e incomprensión que

(10) Incluso ésto debe ser una proposición empírica y no una predicción que surge de una teoría. Para cualquier definición operacional de inflación "sostenida", es teóricamente posible que la curva IS se traslade hacia afuera, a una tasa constante, por un período lo suficientemente prolongado como para resultar en una inflación "sostenida", sin requerir convalidación monetaria. Sabemos que dichas inflaciones, que requieren un continuo incremento de las tasas reales de interés, no ocurren en realidad. Por lo tanto, podemos afirmar como una proposición empírica, que las inflaciones sostenidas (o sea aquellas que continúan desarrollándose durante un lapso bastante prolongado) van acompañadas de convalidación monetaria. En realidad, existe aún otra posibilidad que no puede desecharse, ya sea por razones empíricas o teóricas: una inflación "sostenida" puede deberse a un aumento "sostenido" de la velocidad de circulación, causado por cambios en la práctica bancaria. (Dichos cambios han ocurrido en el pasado, por supuesto).

provocaría la afirmación de que "la mayor parte del 10 % de incremento del nivel de precios de este año no constituyó inflación" mientras que resultaría perfectamente comprensible cuando se dice: "una parte de la inflación de este año se debe a un efecto único (por ejemplo, un incremento en los precios de importación); gran parte del resto se debe a causas transitorias que se pueden revertir el año que viene (por ejemplo, una cosecha mala); y sólo el remanente puede atribuirse a la política inflacionaria de largo plazo que sigue el gobierno".

Todo sería indudablemente más sencillo si llamáramos inflación a cualquier cambio positivo en P , y luego habláramos de inflaciones rápidas y lentas, de inflaciones de corta y larga duración. Ello nos permitirá disponer de una definición a la vez carente de ambigüedad y de acuerdo con el uso corriente del vocablo. Diríamos entonces, por ejemplo, que hubo una gran inflación durante la Primera Guerra Mundial, pero que fue seguida por una deflación igualmente severa, en lugar de decir que, en el período 1914-23, no hubo inflación ni deflación. También estaríamos en condiciones de afirmar que los incrementos en el precio del petróleo determinados por la OPEP fueron causa importante de la inflación de 1979-80, lo que, de acuerdo a las definiciones corrientes, no deberíamos hacer.

Volver a la anterior definición de que cualquier aumento en el nivel de precios constituye inflación, no afectaría sustancialmente a la posición monetarista, dado que las cuestiones de fondo no pueden depender de cuestiones de definición. Los monetaristas perderían una conveniente plataforma retórica al no poder afirmar que todas las inflaciones requieren incrementos en la oferta monetaria, debiendo decir, en cambio, que tarde o temprano, las inflaciones se detendrán a menos que sean convalidadas por aumentos en la oferta monetaria.

Todo esto puede sonar a ahogarse en un vaso de agua. Aún así, me parece que esta cuestión es sintomática de ciertas tendencias desafortunadas en los trabajos modernos sobre la inflación. Primero, hay una tendencia, que ilustraré en detalle en un contexto más importante, de perder contacto con el debate sobre la inflación a nivel de la política económica. Es cierto que necesitamos términos técnicos en Economía; sin embargo, a menos que exista una imperiosa necesidad de alejarnos del significado corriente de los términos, deberíamos tratar de definir categorías que estén relacionadas a las que son objeto de debates generales y, en la medida de lo posible, referirse a dichas categorías con palabras similares a las utilizadas en tales debates. Segundo, a menudo no se percibe que la definición de una magnitud empírica susceptible de probar una teoría no debe juzgarse por su aptitud de captar o no la "esencia verdadera" de algún concepto sino por su correspondencia con la magnitud definida en la teoría. Obviamente, nuestras teorías se refieren a P , y si ellas explican incrementos sostenidos de P , es indudable que también explican incrementos no sostenidos y períodos de estabilidad. (Por ejemplo, la predicción que el conjunto de

condiciones "a" es necesario y suficiente para un aumento de P se comprueba observando si "a" está presente siempre que P aumenta Y si "a" está ausente siempre que P no aumenta).

II. CAUSAS DE LA INFLACION

Uno de los debates más importantes a nivel de la teoría y la política económica se refiere a lo que solía llamarse teoría de inflación del "empujón de costos" y teoría de inflación de "tirón de demanda". Nos referimos aquí a los costos nacionales, lo que significa principalmente costos salariales. Sin duda, un país puede padecer de una inflación que sea fundamentalmente de costos de importación (aunque todos los países no podrían). Los teóricos contemporáneos rechazan esta distinción entre inflación de costos e inflación de demanda. Lo confirman los trascendentes estudios tanto de Laidler y Parkin (11) como el de Gordon (12).

Se sostiene que en un modelo general de la economía, la distinción entre cambios originados en el lado de la demanda y los originados en el lado de la oferta, no es clara y ni siquiera útil. Creo que esto es correcto, pero debemos tener cuidado de no tirar el trigo junto con la paja. Se percibe claramente que el gran debate de política económica fuera de la profesión se lleva a cabo entre los que buscan controlar la inflación por medios tradicionales, es decir mediante políticas monetaria y fiscal que ejerzan su efecto a través de la demanda agregada y aquellos que tratan de dominarla mediante la intervención directa en la formación del costo (especialmente, los salarios) con un conjunto de instrumentos ampliamente calificados como política de ingresos. Los economistas tienen la obligación de procurar construir teorías que tengan contacto con los debates públicos de política económica y ello no será posible si se desestima la existencia de dichos debates.

El problema *no* es que sea inexistente la distinción alrededor de la cual giran tantos debates públicos, sino que los teóricos de la Economía se equivocaron al tratar de captar dicha diferenciación mediante traslados en las curvas de demanda y de oferta. Los teóricos de la inflación de costos consideran que el poder sindical, entre otras cosas, es una causa independiente de la inflación. Pero incluso el más superficial conocimiento de economía laboral muestra que los traslados de la curva de oferta son sólo un medio, y probablemente no el más importante, por el que los gremios pueden elevar los salarios. Si restringen la entrada, se corren las curvas de

(11) Op. cit., pág. 742.

(12) GORDON, R. J., Recent Developments in the Theory of Inflation and Unemployment, Journal of Monetary Economics, vol. 2, abril, pág. 188.

oferta hacia la izquierda. Los gremios, sin embargo, pueden negociar para obtener mayores salarios en una situación de libre entrada. En este caso, originarán un incremento de salarios *al margen* de las condiciones de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo. Lo que ocurre es que los salarios fijados mediante intervención gremial, al igual que los precios en condiciones oligopólicas, son precios administrados y como tales pueden incrementarse respondiendo a las fuerzas del mercado o a pesar de ellas (como, por ejemplo, cuando en la década de 1930, las grandes firmas tabacales de Estados Unidos incrementaron los precios de los cigarrillos ante una demanda *decreciente*).

En lugar de inflación de demanda e inflación de costos, sería mejor considerar teorías de la inflación basadas en las fuerzas del mercado y las no basadas en dichas fuerzas (13). Los teóricos tradicionales y quienes abogan por políticas tradicionales, consideran que la inflación responde a las condiciones del mercado — demanda excedente en los modelos estáticos o posiblemente sólo demanda en ascenso en los modelos dinámicos. Ellos consideran que las medidas que tienden a la disminución de la demanda o al incremento de la oferta constituyen los remedios idóneos. Esto significa, por ejemplo, que quienes proponen reducir los subsidios por desempleo, como método para combatir la inflación, son teóricos tradicionales de las fuerzas del mercado, dado que confían en que el incremento resultante en la oferta de trabajo disminuirá la presión inflacionaria. Los así llamados teóricos de la inflación de costos consideran que la inflación es causada por movimientos ascendentes de los costos, especialmente salariales, que ocurren con independencia del nivel y de la tasa de aumento del exceso de demanda en el mercado de trabajo. Proponen, por lo tanto, recurrir a procedimientos destinados a influir directamente en la formación de los salarios y miran con escepticismo a los métodos cuyo objeto es reducir el exceso de demanda, precisamente porque consideran que el incremento en los salarios es (en gran medida o completamente) independiente del exceso de demanda. (Si no fuera independiente sino que respondiera al exceso de demanda, no habría debates con respecto a los medios a emplear, porque la disminución de la demanda disminuiría la inflación, según ambas teorías).

Cualquiera sea la denominación que le demos —inflación de demanda versus inflación de costos, o inflación basada en las fuerzas del mercado versus inflación no basada en las fuerzas del mercado— esta distinción se encuentra presente en muchos de los debates prácticos sobre las causas de la inflación y remedios a aplicar. A falta de una expresión mejor, usaré las

(13) Es ésta una distinción que establecí hace mucho tiempo y que cometí el error de no tratar de divulgar. Ver el apéndice titulado "Empuje de costos versus tirón de demanda" en las primeras dos ediciones de Lipsey (LIPSEY, R. G., *An Introduction to Positive Economics*, Weidenfeld and Nicolson, Londres 1963 y 1966).

denominaciones inflación de demanda (esto es, las fuerzas de la demanda *excedente*) e inflación de costos, pero si no les resultan satisfactorias, pueden elegir cualquier otra, como, por ejemplo, inflación del tipo A e inflación del tipo B. Mientras entendamos qué es lo que estamos analizando, el nombre que le demos es relativamente poco importante.

1. *Inflación de costos*

Veamos primero la doctrina de la inflación de costos que es el fundamento de tantas medidas de política económica, pasadas y presentes, desde controles directos de salarios y precios, políticas de ingresos relacionadas con impuestos, hasta el intento actual del gobierno australiano de lograr algún tipo de "concertación" en cuanto a incrementos de salarios y de precios. Los teóricos que pertenecen a esta orientación aceptan la necesidad de convalidación monetaria en los procesos inflacionarios continuados. Sostienen, sin embargo, que la causa inmediata de la inflación es un incremento en los costos seguido de una expansión monetaria llevada a cabo por un gobierno renuente a aceptar la recesión que indefectiblemente sobrevendría de otra manera.

De acuerdo con lo que he leído sobre el tema, nadie ha sido capaz de eliminar del todo a los incrementos en los costos salariales como causa importante y teóricamente plausible de la inflación, de modo que el juicio acerca de su importancia real ha de surgir de un análisis empírico. Un amplio grupo de autores, incluyendo muchos que no rechazarían el rótulo de "monetaristas", no comparte esta opinión y han intentado desestimar el rol de los costos mediante argumentos teóricos, procurando demostrar que se trata de algo "irracional". Por ejemplo, Johnson, señala "la fuerte propensión, incluso entre economistas profesionales, a atribuir los desarrollos inflacionarios a las . . . actividades de industrias y gremios monopolícos, a pesar de que deberían saber que no es así. La teoría elemental del valor enseña que los monopolios, ya sean empresas o gremios, buscarán establecer un precio relativo para su producto de modo de maximizar sus ganancias en términos reales, mientras que la teoría monetaria sugiere que el precio monetario determinado de esta manera se ajusta . . . en conformidad con los cambios generales del nivel de precios, de modo de mantener la relación con el precio real maximizador" (14). Friedman utiliza un argumento similar (15).

Se sostiene que existe un conjunto de precios relativos y salarios, en equilibrio, y una vez que este se establece, no convendrá a ningún tomador

(14) JOHNSON, H. G., *Inflation and the Monetarist Controversy*. North Holland, Amsterdam 1972.

(15) FRIEDMAN, M., *Unemployment versus Inflation? (An Evaluation of the Phillips Curve)*, Institute for Economic Affairs, Londres 1975.

de decisiones alejarse del mismo. Si se trata de un equilibrio de Nash, ello es cierto por la definición misma de dicho equilibrio. Pero los equilibrios de Nash no resultan muy atractivos en situaciones oligopólicas y oligopsonías, en un contexto de grupos pequeños. El argumento deberá depender entonces, de la consideración más general de que, cualesquiera sean las fuerzas que operen, si tales fuerzas conducen el equilibrio, ninguna tendrá aliciente para modificarlo, cualquiera hayan sido las variaciones conjeturales en las que sus decisiones se basen.

Como se ve, la totalidad de la argumentación se apoya en la existencia de un equilibrio. Es cierto que los teóricos puros han logrado probar la *existencia* de un equilibrio en los modelos de competencia perfecta y de competencia monopolística (aunque trabajos más recientes muestran que la *unicidad* del equilibrio requiere supuestos adicionales y más específicos y que no existe razón alguna para esperar que se den en el mundo real). Hasta donde llega mi conocimiento, nadie ha intentado siquiera investigar la existencia de un equilibrio en un modelo que corresponda, aunque fuera remotamente, al mundo en que vivimos —con monopolios, oligopolios y áreas competitivas tanto en el mercado de bienes como en el de trabajo, y en el que existe un sector público sustancial, libre de la restricción de quebrantos (porque éstos se pueden soslayar, total o parcialmente, por un gobierno que puede, y lo hace, emitir dinero). Aún así, la argumentación teórica requiere no solo que dicho equilibrio exista sino también que sea único y estable, frente al proceso de ajuste real del desequilibrio. Veamos estos requerimientos adicionales.

Primero, cuando se dan equilibrios múltiples, esta argumentación ya no resulta necesariamente válida. Para verlo, supongamos dos posiciones estables de equilibrio local, 1 y 2, y dos grupos, A y B. Si el equilibrio 1 es un máximo global para A y 2 lo es para B, convendrá entonces a A perturbar 2 y a B, perturbar 1. Si cada grupo trata de modificar el equilibrio que le desagrada, tratando de elevar su salario relativo, una constante oscilación entre las dos posiciones de equilibrio se podrá asociar a un incremento continuo del nivel promedio de los salarios. Segundo, si el equilibrio no es estable, puede ocurrir que la economía no lo alcance en ningún momento. Podrá permanecer en un estado de desequilibrio permanente, análogo a la lucha inflacionaria por diferencias de salarios que muchos teóricos de la inflación de costos creen percibir en el mundo real.

El fracaso de los argumentos expuestos para demostrar la "irracionalidad" del empuje de costos no prueba, por supuesto, la proposición contraria de que éste pueda ser racional. Por lo que sería muy útil que algún teórico joven e inteligente pudiera construir un modelo macroeconómico desagregado, en el que los saltos inflacionarios de los salarios, en varios mercados de trabajo, se debieran efectivamente a la búsqueda racional del interés individual de grupos de trabajadores. En ningún momento desearía sugerir que los únicos fenómenos que se producen en la realidad son aque-

llos que surgen como consecuencia de lo que los economistas consideran generalmente un comportamiento racional. Sin embargo, como científicos sociales, preferimos explicar un comportamiento persistente por motivos racionales y no mediante errores *repetidos*. La construcción de tal modelo sería un gran paso adelante. La controversia se trasladaría entonces en el sentido correcto, a mi juicio, esto es, el terreno empírico, de modo de comprobar qué modelo se ajusta mejor a la realidad.

Cuando pasamos a considerar la teoría de empuje de costos, el caso luce menos promisor. La explosión mundial de los salarios de fines de la década de 1960 ha sido atribuida a varias causas, como, por ejemplo, al fracaso de la política holandesa de ingresos cuyos efectos se extendieron al resto del mundo, al aumento global de la militancia que se iniciara en Berkeley en 1964 y que tuvo su manifestación europea más patente en los disturbios de París en 1968, así como a las luchas por la distribución del ingreso entre grupos competidores de trabajadores.

Debemos recordar ahora los hechos que dichas teorías se proponen explicar. Las tasas de inflación varían a lo largo del tiempo en cada país y entre países en un momento determinado. Más aún, hay una fuerte autocorrelación en las series de tiempo de las tasas de inflación de cualquier país: dichas tasas no aparecen como hechos al azar sino que tienden a variar sistemáticamente de acuerdo a un patrón aproximadamente cíclico.

Si las tasas de inflación se deben a la presión de los costos salariales, el empuje de costos debe variar de tal modo que dé cuenta del comportamiento variable observado de la inflación. Sin embargo, nadie ha tenido éxito en definir el impulso de los costos de manera que pueda medirse en forma independiente de la tasa de inflación. Sin dicha definición, empero, la teoría de que las variaciones en los costos causan variaciones en las tasas de inflación no puede verificarse empíricamente. Un intento serio en este sentido, que pareció muy prometedor por un extenso período, se debió al profesor Hines (16). Sin embargo, los trabajos posteriores de Thomas y Stoney (17) por un lado, y de Purdy y Zis (18) por otro, parecen haber desacreditado la teoría de Hines de la afiliación gremial como aproximación

(16) HINES, A. G., Trade Unions and Wage Inflation in the United Kingdom, 1893-1961, *The Review of Economic Studies*, vol. 31 (3), 1964, págs. 221-52.

(17) THOMAS, R. y STONEY, P., A Note on The Dynamic Properties of Hines, Inflation Model, *Review of Economic Studies*, vol. 37, abril de 1970, págs. 286-94.

(18) PURDY, W. L. y ZIS, G., Trade Unions and Wage Inflation in the United Kingdom: An Reappraisal. En: Parkin, M. (comp.), *Essays in Modern Economies*, Longmans Green, Londres 1973.

al empuje de los costos (19). No sólo nadie ha tenido éxito en medir cuantitativamente la inflación de costos, sino que tampoco nadie ha logrado ofrecer una interpretación plausible, impresionista si se quiere, del por qué de sus variaciones. Por ejemplo, la tesis de que la inflación está emparentada con las revueltas estudiantiles resultaría en inflaciones topes a fines de la década de 1960 y en inflaciones muy bajas a fines de la década de 1970, períodos que, particularmente en Norteamérica, fueran unos de los más tranquilos en cuestiones estudiantiles; la afirmación de que se debe al poder gremial y a la actitud belicosa de los trabajadores, tropezará con la aceleración de la inflación en Estados Unidos durante los años 1972-75, período en que el número de afiliados y la influencia de los gremios estaba en decadencia, y en Gran Bretaña, en 1979, cuando, después de la derrota del Partido Laborista, los gremios estaban claramente a la defensiva. Ofrecer ejemplos ilustrativos, cuidadosamente seleccionados, para señalar las posiciones opuestas en torno a esta cuestión, no nos llevaría demasiado lejos. Me limito a citar estos casos sólo para demostrar que los teóricos del empuje de costos no han tenido éxito en su empleo de las técnicas del historiador serio para demostrar verbalmente que pueden discernirse *cambios* en las tendencias de la militancia que explican acabadamente el conjunto de *variaciones* de las tasas de inflación en distintos países en cualquier punto del tiempo o a lo largo del tiempo en cualquier país (20).

Algunos economistas, como, por ejemplo, Wiles (21), no se muestran preocupados y afirman que, por su propia naturaleza, el empuje de los costos no se puede identificar, ni es posible determinar sus variaciones. "En realidad —escribe este autor— no podemos predecir el nivel de precios: éste depende de los niveles que los dirigentes gremiales eligen arbitrariamente cuando establecen sus reclamos salariales" (22).

(19) Entre los autores que he consultado, Phelps Brown es quien fue más lejos en este sentido. Es muy persuasivo al tratar de explicar el incremento en el empuje de los costos durante las últimas décadas. Sin embargo, me parece que no ofrece ningún material susceptible de dar cuenta de las variaciones intertemporales y entre distintos países, de las tasas de inflación de las últimas dos o tres décadas. (PHELPS BROWN, H., A Non-Monetarist View of the Pay Explosion, Three Banks Review, No 105 marzo, págs. 3-24).

(20) Para los debates acerca del trabajo de Hines, así como las referencias completas, sus críticos y otros intentos de medir la influencia de los gremios en el empuje de los costos, ver LAIDLER, D. y PARKIN, M., op. cit., págs. 761-63.

(21) WILES, P., Cost Inflation and the State of Economic Theory, The Economic Journal, vol. 83, junio de 1973, págs. 377-98. He elegido a este autor porque su posición teórica es ilustrativa de muchos otros autores de la misma orientación y porque es muy explícito.

(22) Idem, pág. 392.

Mientras Wiles no pueda ofrecer una medida independiente del "estado de ánimo" sindical, no podrá integrarlo al análisis más que observando el nivel de precios. Esta clase de explicación que relaciona el nivel de precios consigo mismo carece, evidentemente, de significación. Si Wiles cree, como presumo, que se pueden identificar cambios en el "estado de ánimo" en forma cualitativa, podrá formular, entonces, predicciones cualitativas acerca del nivel de precios, tales como: la tasa de inflación disminuirá un poco o mucho, o se acelerará un poco o mucho.

¿Pero cómo se comportan las teorías del empuje de costos, del tipo de la de Wiles, cuando se las compara con teorías convencionales de inflación de demanda? Hay dos posibilidades que dependen de lo que creamos que Wiles y otros autores de su misma orientación sostienen. Si Wiles considera que las variaciones en la presión de costos no pueden identificarse en absoluto, su teoría está afirmando que la tasa de inflación no puede predecirse mejor de lo que puede predecirse un hecho librado al azar. En este caso, se debe demostrar que la teoría de empuje de costos no es peor que la teoría convencional. Esto es exactamente lo que sostiene cuando afirma: "Soy lo suficientemente avisado como para observar que todos los modelos existentes que excluyen la inflación de costos están *completamente equivocadas*" (23). Esta opinión extrema sostiene que no hay otros contrincantes en este terreno, de modo que la teoría de empuje de costos no es peor que ninguna otra en su fracaso para explicar la inflación. Pero como veremos, Wiles mismo está completamente equivocado al afirmar que las teorías convencionales existentes están "completamente equivocadas". Podrán no ser muy satisfactorias, pero sin lugar a dudas, se comportan de un modo significativamente mejor que el azar. Por lo tanto, una teoría del empuje de los costos que no logre superar al azar es inferior. Esto nos conduce a la segunda interpretación de Wiles (y de los demás teóricos de su misma corriente de pensamiento). Wiles tal vez cree que puede predecir la inflación dentro de un amplio margen de error, utilizando su medida cualitativa de militancia gremial. En este caso, sólo le queda la tarea —algo que nunca hicieron los teóricos que pertenecen a esta corriente y que no recurren al análisis cuantitativo— de proveer los materiales conducentes a contrastar sus predicciones con las obtenidas mediante modelos convencionales.

Si no se afirma como principio metodológico aceptable, que una teoría es errónea y la otra correcta, no puede haber progreso del conocimiento científico. Para demostrar que una teoría es mejor que otra, es necesario efectuar comprobaciones con magnitudes medibles. Para demostrar que una teoría no es peor que otra, porque la otra es "totalmente inservible", es necesario demostrar que la teoría carente de valor, especificada cuantitativamente, no supera al azar en su poder explicativo.

(23) Idem, pág. 392. (Las itálicas agregadas).

Muchos economistas sinceros creen en el empuje de los costos. Luce tan plausible, por cierto, que veo con gran sorpresa que no se han encontrado pruebas sólidas a su favor. Sin embargo, su continua defensa por parte de economistas renombrados, particularmente en Gran Bretaña, otorga un cierto grado de credibilidad a medidas de política económica tendientes a atenuar el empuje de los costos, tales como controles de precios y salarios, medidas que no se justifican por la evidencia corriente.

¿Cómo podríamos lograr mayores progresos en vista de esta dificultad aparentemente insalvable? Una forma consistiría en que los partidarios de las teorías ortodoxas de la inflación acepten el siguiente desafío. Los confrontaremos con uno de los mejores modelos econométricos actuales, que procura explicar la inflación mediante flujos convencionales de mercado y stocks de activos. Los desafiaremos a obtener resultados tan satisfactorios como los que se puedan lograr mediante este modelo —no digamos mejores— utilizando cualquier medida, cuali o cuantitativa de la militancia gremial que se desee, siempre que no se emplee la variable (tasa de inflación) que el modelo se propone explicar.

Sin duda, el progreso del conocimiento exige que se tenga completa libertad para trabajar en cualquier teoría que se desee, por inverosímil que pueda parecer. Hasta que ese desafío sea aceptado, sin embargo, no existe razón alguna para que los responsables de la política económica presten la más mínima atención a las teorías de la inflación de costos. Si lo hicieran, cometerían una indudable falta de responsabilidad.

2. *Teorías tradicionales de las fuerzas de mercado*

Para los teóricos tradicionales, la inflación es un efecto de las fuerzas de mercado. Esta teoría se ha visto perturbada por los acontecimientos de la década de 1970. Primero, la tasa de inflación asociada a cualquier conjunto dado de condiciones del mercado parece haberse acelerado. (Visto de otro modo, la curva de Phillips se ha trasladado hacia arriba). Segundo, se ha manifestado una importante inflación positiva en circunstancias en que, cualquiera sea la medida que se utilice, existía un exceso de oferta agregada en lugar de demanda excedente. En Estados Unidos, por ejemplo, la tasa de inflación no disminuyó por debajo del 5%, a pesar que el desempleo alcanzó el 9% y los índices de capacidad utilizada cayeron a niveles bajos durante la severa recesión que comenzó en 1974.

Los autores de orientación radical sostienen que la teoría tradicional está totalmente desacreditada y que es necesario construir nuevos esquemas interpretativos. Los representantes de esta teoría replican que la década de 1970 debe interpretarse como un período en que numerosas fuerzas inflacionarias coincidentes produjeron una situación nueva y compleja. Nunca entenderemos lo que ocurrió en dicha década, afirman, si buscamos una causa única que la distinga de la década de 1960; el mundo real es com-

plejo y son muchas las causas que condujeron a la inflación de la década considerada. He aquí algunas que, a mi juicio, revisten mayor importancia:

(1) El colapso mismo de Bretton Woods, que es a su vez el resultado parcial de la acelerada inflación estadounidense de la década de 1970, eliminó la restricción que la balanza de pagos impone sobre la inflación. Ello ofreció a los gobiernos la posibilidad de gastar el dinero recientemente emitido y de permitir que la depreciación del tipo de cambio se ocupe de la balanza de pagos.

(2) Alrededor de 1969, la relación desempleo/vacantes se vio incrementada en muchos países. Ello significa, en relación con el período anterior, un mayor nivel de desempleo asociado a cualquier nivel dado de vacantes (y, por consiguiente, la demanda en el mercado de trabajo). (Aumenta la tasa natural de desempleo, si se desea ver de este modo). La razón de este cambio se presta a debate, pero parece deberse, en parte, a los efectos de los subsidios por desempleo, más altos y muy fáciles de obtener; en parte, a cambios demográficos, y en parte, a cambios en la estructura industrial, que dieron origen a desajustes entre el número de desempleados y las vacantes disponibles a niveles geográfico, industrial, ocupacional y de destreza. En razón de ello, los antiguos objetivos de pleno empleo se volvieron inalcanzables y a cualquier estado dado de la presión del mercado se asocia una mayor inflación.

(3) Se generaliza la convicción de que la inflación se ha convertido en algo permanente. Los gremios presionan y las empresas ceden ante sus reclamos. Ambos grupos ajustan su comportamiento a las expectativas de precios más altos en el futuro. La revisión hacia arriba de las expectativas origina una excepcional alza en los precios.

(4) La economía mundial se ve sumida en una situación inflacionaria en virtud de un auge muy rápido, mientras la verdadera magnitud del exceso de demanda queda disimulada por el incremento de la tasa natural de desempleo.

(5) Al aproximarse el ciclo a su punto de inflexión superior, se producen severos impactos del lado de la oferta, en la forma de incrementos en los precios del petróleo, debidos a la política de la OPEP y de encarecimientos de los productos alimenticios, originados tanto en cosechas particularmente magras como en las ventas de stocks americanos de cereales a la Unión Soviética.

(6) Hacia 1974, muchos gobiernos se muestran preocupados por las excesivas tasas de inflación y aplican medidas severas y contradictorias de restricción. (Por ejemplo, la oferta monetaria real cae en forma drástica en Estados Unidos). Esas medidas producen un fuerte impacto en un momento en que se había iniciado ya la recesión mundial.

(7) Los cambios en los precios demoran siempre alrededor de un año en responder a cambios en la demanda. Este retardo era mucho más perceptible en un período en el que la inflación alcanzaba un nivel tan alto. Por lo tanto, la inflación persiste en forma conspicua a niveles de dos dígitos, mientras el desempleo crece rápidamente. Esta fase de estanflación del ciclo se vió intensificada considerablemente por el nuevo fenómeno de persistentes expectativas de inflación continuada. Estas expectativas se mantienen a pesar de una demanda por entonces en descenso, y con la producción y el empleo también en descenso.

(8) La indexación de salarios origina una espiral de salarios-precios que tiende a perpetuar la inflación en muchos países, mucho tiempo después de la desaparición de las causas iniciales. En el Reino Unido, la supresión de la indexación de salarios apareció como condición necesaria para someter la inflación bajo control.

(9) En el transcurso del tiempo, no obstante, las tasas de inflación responden claramente a las condiciones del mercado. Luego de 18 meses, se habían reducido a la mitad en la mayor parte de los países occidentales. Las diferencias entre países también pueden explicarse por las condiciones del mercado. Por ejemplo, la tasa de inflación cae más rápidamente y a lo largo de un período más largo en Estados Unidos, donde una drástica política monetaria restrictiva origina una recesión más severa que en Canadá, donde las medidas anti-inflacionarias no contribuyeron a agravar la recesión natural.

(10) La estanflación de mediados de la década de 1970 se vió agravada por cambios en la estructura de la fuerza laboral, especialmente, los incrementos de la población activa y la mayor participación femenina en la oferta de trabajo. En Canadá, por ejemplo, desde 1974 hasta 1978, el número de trabajadores empleados aumentó en dos millones, pero la fuerza de trabajo aumentó en tres millones. Por lo tanto, el desempleo aumentó en un millón. Se vislumbra que esta expansión de la fuerza laboral llegará a su fin en algún momento de la década de 1980 y con ello dejará de contribuir a la estanflación.

Estos son algunos de los argumentos más importantes con que la teoría ortodoxa explica la estanflación de la década de 1970 que demuestran que sus representantes no fueron del todo incapaces de dar cuenta de los acontecimientos de la década en cuestión.

De hecho, los modelos macroeconómicos de Estados Unidos parecen haberse desempeñado sorpresivamente bien, particularmente cuando se llega a juzgar su eficiencia, tal como lo hice yo en contraste con los alarmantes enfoques que hoy proliferan de un "fracaso total" del conocimiento existente en lo que respecta al comportamiento de la economía. La principal enmienda a introducir sería un mayor énfasis en el sector de la oferta. Solow lo expresa de la siguiente manera: "La profesión económica se mueve

actualmente con tal velocidad que ya existen libros de texto que analizan el sector de la oferta en forma muy adecuada y no tienen dificultad para explicar... que, en realidad, los puntos débiles de la curva de Phillips se pueden interpretar sin apelar a cambios revolucionarios en la estructura del modelo. El hecho de que se puedan reconstruir modelos macroeconómicos prestando un poco más de atención al lado de la oferta y lograr una explicación razonable de lo acontecido en la década de 1970, deja a la macroeconomía en una posición más firme que la en que se encontraría si e'lo no hubiese sido posible" (24).

Por otra parte, escribe Wachter en su excelente reseña de los trabajos publicados sobre los modelos macroeconómicos recientes de los Estados Unidos: "La coincidencia durante la década de 1970, de una inflación en ascenso con un desempleo también creciente se debe a los siguientes factores: el reiterado fracaso por parte de nuestro Gobierno Federal de reconocer las restricciones de la oferta en la economía... la inflación exógena generada por los incrementos del precio del petróleo de la OPEP, una serie de malas cosechas, un programa de controles de precios y salarios mal concebido; y, finalmente, largos retrasos en... la respuesta de la inflación a la demanda agregada a los mercados. A principios del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el ciclo económico era relativamente corto. Los errores en las expectativas y/o los efectos de inercia no podrían acumularse, de modo que los incrementos en la oferta agregada excedente y en el desempleo se reflejaban rápidamente en disminuciones de la inflación. Luego del largo período de decaimiento entre 1968 y 1964, seguido por una década de estrechez casi ininterrumpida (o recesión muy suave), los errores autocorrelacionados de las expectativas y los efectos de la inercia se convirtieron en fuerzas de mercado endógenas. En consecuencia, el período de leve decaimiento entre 1970-1971 no redujo la tasa de inflación. De ahí que el desempleo y la inflación aumentaron juntos. Fue necesaria la prolongada y profunda recesión de 1974 a 1977 para que los extendidos desfasajes del mercado permitieran que el creciente desempleo cumpliera con su cometido de disminuir la inflación de modo de superar los ahora reducidos efectos rezagados de la inflación pasada. En este punto del ciclo, sin embargo, la recuperación ya había comenzado. Los mercados estaban flojos aún, pero una tasa de desempleo decreciente coincidía con una tasa de inflación decreciente" (25).

Esta es la prueba a la que me refería más arriba al sostener que Wiles carece de razón en absoluto cuando afirma que los modelos existentes que

(24) SOLOW, R., Summary and Evaluation, en: *After the Phillips Curve*, Federal Reserve Bank of Boston, 1978, pág. 206.

(25) WACHTER, M. L. y WACHTER, S. M., *Institutional Factors in Domestic Inflation*, en: *After the Phillips Curve*, Federal Reserve Bank of Boston, 1978, págs. 151-52.

excluyen la inflación de costos están "completamente equivocados". Wiles o cualquier otro autor de la teoría basada en el "empuje de costos", tiene que enfrentarse a un contrincante *que aún pelea*. El problema para él y personas que comparten su opinión es demostrar que sus propias teorías pueden desempeñarse al menos tan bien como las demás.

Lo que los trabajos econométricos actuales sí sugieren es que el mundo es complejo y quienes buscan explicaciones muy simples se verán desilusionados. Como lo expresa Modigliani, "... la arrasadora denuncia [que la teoría ortodoxa es "groseramente incorrecta" y "fundamentalmente defectuosa"] confunde dos clases de crisis. Una se refiere a la cuestión de saber si dichos modelos [ortodoxos] han logrado captar al mundo mismo. La segunda que constituye, creo, el verdadero problema, es que el mundo que capturamos es extremadamente difícil de domar, de curar de los impactos inflacionarios... De modo que la crisis está allí mismo, en la estructura del mundo, no en nuestra habilidad para captar su esencia. Creo que el modelo Fair [un modelo econométrico actual] ofrece sólidas pruebas en ese sentido" (26).

Antes de abandonar el tema de las teorías de la inflación, debemos referirnos brevemente a la controversia que se desarrolla en el campo ortodoxo de las fuerzas de mercado entre quienes abogan por los fundamentos microeconómicos de la teoría keynesiana y quienes sustentan los nuevos modelos clásicos, combinados con expectativas racionales. Los fundamentos neo-keynesianos, que Hagger (27) llama modelos del margen de ganancia, presentan los siguientes rasgos: a. Las curvas de corto plazo de las empresas son relativamente planas (28). b. Las empresas adicionan al costo un margen de ganancia que es, o bien fijo, o de lo contrario, cambia muy lentamente en el corto plazo y son sus ventas y no sus precios los que varían con la demanda (29). c. Aunque las tasas de salarios pueden elevarse cuando hay exceso de demanda de trabajo, estas tasas no bajan (por

(26) MODIGLIANI, F., Discussion, en: *After the Phillips Curve: Persistence of High Inflation - High Unemployment*, Federal Reserve Bank of Boston, Boston, 1978, pág. 195.

(27) Op. cit., págs. 26-34.

(28) Numerosas pruebas empíricas lo corroboran. Es también lo que la teoría predice, siempre y cuando el capital sea divisible, de manera que la producción pueda reducirse por debajo de su capacidad, reduciendo el trabajo y capital de manera tal que se mantenga la proporción óptima entre el trabajo y el capital empleados.

(29) Existe amplia evidencia de que en el sector de bienes finales con precios administrados, los precios de producción tienden a ser relativamente estables ante variaciones de la demanda en el corto plazo.

lo menos en el corto plazo) cuando hay exceso de oferta (30). d. Por lo tanto, los cambios en la demanda agregada producen cambios en la producción y el empleo. Durante períodos de sub-empleo, algunas empresas estarían dispuestas a vender más a los precios vigentes y algunos trabajadores se emplearían a las tasas de salario vigentes, pero ninguno podrá hacerlo, a pesar de poseer toda la información relevante acerca de las condiciones del mercado.

En cambio, el nuevo clasicismo supone lo siguiente: (1) La economía funciona como si fuera perfectamente competitiva de modo que el exceso de oferta provocará una caída en los precios de los factores y de los bienes. (2) Existe un equilibrio walrasiano único y estable y los mercados se despejan siempre. (3) Resulta, entonces, que las desviaciones del equilibrio sólo se producen cuando se cometen errores. Durante una recesión, las empresas operan con capacidad ociosa y muchos trabajadores permanecen desempleados, porque estimaron que el nivel de precios iba a ser distinto del que resultó ser. Si cada uno hubiera previsto correctamente los precios que llegaron a imponerse, habría pleno empleo y se produciría a plena capacidad. (4) Las expectativas de los individuos son racionales, de modo que no se cometen errores sistemáticos y, por lo tanto, no se producen desviaciones sistemáticas del pleno empleo. Esto implica que no tiene sentido la aplicación de medidas estabilizadoras conducentes a reducir el nivel promedio de desempleo.

A pesar de que trato de mantener una actitud abierta en todo, me resulta difícil creer que personas racionales puedan tomar en serio al nuevo clasicismo. Cómo puede alguien que alguna vez conversó con un gerente de ventas o con un obrero desocupado, sostener seriamente que en períodos recesivos las empresas y los trabajadores cumplen todos sus planes. Sólo que han vendido voluntariamente menos bienes y ofrecido menos trabajo de lo que hubieran vendido u ofrecido si no hubieran cometido errores al predecir los precios y salarios.

En este debate sobre los fundamentos microeconómicos alternativos, se plantean cuestiones importantes. El nuevo clasicismo postula la tasa natural única de desempleo, U^n , y predice que la inflación se acelera cuando el desempleo es menor que U^n y se desacelera cuando el mismo lo supera. El modelo keynesiano permite que se establezca un "equilibrio" (o bien un desequilibrio que cambia muy lentamente), aunque no se haya alcanzado el pleno empleo. No resulta muy claro si predice una curva de Phillips de largo plazo no vertical, cuando hay demanda excedente: no existe un modelo keynesiano microeconómico preciso susceptible de establecer que, si el gobierno se fija como objetivo el 12 % de inflación, el desempleo debe permanecer a un nivel más bajo que si lo establece en un 6 %. Si la teoría

(30) Esto constituía algo así como un "misterio" en los tiempos de Keynes, pero se puede demostrar que una rigidez a la baja puede resultar de la concreción de "contratos implícitos" logrados por vías racionales, en los que los despidos se efectúan de acuerdo a los criterios de antigüedad.

microeconómica guarda silencio acerca de este tema, los datos empíricos agregados no permiten arribar a conclusiones definitivas por el momento. Sin embargo, la evidencia y las opiniones están cambiando tan rápidamente, que, en mi opinión, ya no existe el consenso sobre una relación de largo plazo de pendiente positiva, empinada, entre inflación y desempleo y que señalara Hagger (31) hace apenas unos años.

Considero que el debate entre los dos modelos de inflación de demanda aún no se ha dirimido. Sin embargo, la teoría de la tasa natural ha logrado una sorprendente adhesión en los últimos años, sobre todo en Estados Unidos. Es probable que se deba principalmente a su capacidad de explicar las inflaciones aceleradas de la década de 1970. Pero no hay que confiar demasiado en una teoría por su mera aptitud de explicar un período histórico. La misma teoría de la tasa natural se encuentra en aprietos para explicar eventos tales como: i) la no aceleración de la inflación en las décadas de 1950 y 1960, particularmente en países de inflación relativamente alta, como el Reino Unido y Francia; ii) el "piso" positivo de 1-2 % de la tasa estadounidense de inflación a fines de la década de 1950 en presencia de un desempleo algo en exceso de la tasa natural; y (iii) la no desaceleración de la inflación durante la década de 1930, cuando cualquiera fuera el criterio de medición, el desempleo superaba su tasa natural.

Hasta que se logre el veredicto final en la apreciación de esos modelos, la siguiente parece ser la posición que más se acerca a la evidencia tentativa: (1) existe el peligro que la inflación se acelerará si el desempleo se mantiene a un nivel "muy bajo", y este "muy bajo" nivel es más alto hoy que antes; (2) la economía puede encaminarse hacia un prolongado período de elevado desempleo en el que parte de los desempleados deseen trabajar a los salarios corrientes y parte de las empresas deseen vender más a los precios corrientes; las fuerzas naturales correctoras de la economía podrán en tales condiciones obrar tan lentamente que surja la posibilidad de aplicar medidas de política fiscal y monetaria de tipo keynesiano que corrijan tal situación.

En la actualidad, se ha desencadenado en Estados Unidos un gran debate entre los partidarios de estos dos modelos. No tengo dudas de que cuento con el aval de la evidencia empírica para apoyar el modelo neo-keynesiano de los fundamentos microeconómicos y no de expectativas racionales con mercados despejados. Sin embargo, tengo pocas esperanzas de que esta posición salga airosa en esta batalla de economía política en las mentes y corazones de los no-economistas en general y de los responsables de la política económica en particular.

III. ¿CÓMO ENCARAR LA LUCHA CONTRA LA INFLACIÓN?

La recesión mundial que comenzó en 1974, trajo aparejada una disminución en las tasas de inflación. Esta disminución no fue tan impor-

(31) Op. cit., cap. 7.

tante como podría haber sido si no se hubieran producido aumentos excepcionales en los precios de los alimentos y los originados en la política de la OPEP. La estanflación continuó desarrollándose aunque con un ritmo un poco más moderado. Hacia 1979, la presión inflacionaria volvió a manifestarse, debido al efecto combinado de la recuperación económica y de aumentos adicionales en los precios del petróleo. ¿Qué puede hacerse?

Los partidarios de las teorías del empuje del costo-salario consideran que la política de ingresos es necesaria y suficiente. Los controles de precios y salarios se han ensayado repetidas veces en los cuarenta años transcurridos desde 1939 y son muchas las pruebas que sugieren que tuvieron muy pocos *efectos perdurables* en el nivel de precios. Para mí, el fracaso de estos autores para ofrecer una teoría que pueda probarse y enfrentarse exitosamente con los modelos ortodoxos convencionales, conjuntamente con el fracaso manifiesto de los controles de precios y salarios que según esta teoría son eficientes, pero que están destinadas al fracaso según la teoría convencional —constituye una prueba tan sólida como puede esperarse en una cuestión social: el empuje de los costos no es una de las principales causas subyacentes de la inflación sostenida. Pero nunca está dicha la última palabra en ninguna cuestión y siempre se podrán encontrar optimistas que aconsejen al gobierno que si lo intentan con más ahínco y si es posible variando un poco la fórmula aplicada, los controles de precios y salarios saldrán airosos la próxima vez. Dichos consejos con frecuencia encuentran buena acogida, desde que, aunque no produzcan ningún efecto, su aplicación evidenciará que el gobierno toma una firme posición antiinflacionaria. De resultados de ello, debemos esperar toparnos con otros experimentos de la misma naturaleza, destinados a fracasar indefectiblemente como soluciones de largo plazo del problema inflacionario (32).

Los teóricos del empuje de costos que aceptan la existencia de pruebas en contra de los controles de precios y salarios están buscando, desde hace tiempo, nuevos instrumentos de política de ingresos, en un esfuerzo por quebrar la espiral inflacionaria. La técnica más conocida es la política de ingresos relacionada con los impuestos (TIP), popularizada por Henry

(32) Si no se produjeran otros efectos, los intentos repetidos de controlar la inflación mediante controles de precios y salarios no constituirían una cuestión seria. Desafortunadamente, producen muchos otros efectos nocivos e inhiben de muchas maneras el funcionamiento de la economía de mercado. Por esta razón, la aplicación repetida de dichos controles debe considerarse un problema muy serio. (Véase al respecto LIPSEY, R. G., *Wage-Price Controls: How to do a lot of harm by trying to do a little good*, Canadian Public Policy, vol. II, Winter, 1977, págs. 1-13). En uno de los pocos lugares en que disiento con el excelente estudio de Hagger sobre el estado del conocimiento sobre inflación, es en los resultados de los estudios sobre controles en Estados Unidos. Durante uno de los períodos más prolongados en que se aplicaron controles de precios y salarios en ese país, los resultados publicados parecen mostrar una contracción temporaria seguida de un estallido de inflación que llevó a los precios al nivel que hubieran alcanzado si los controles nunca hubieran existido.

Wallich y Sidney Weintraub. Al respecto tengo dos comentarios. Primero, comparto la opinión de Ackley (33), en el sentido de que, aunque dichos esquemas parecen simples en la representación sobre un pizarrón de los modelos teóricos de dos bienes, dos factores y firmas que producen un sólo bien, se convertirían en pesadillas administrativas en el mundo real. Segundo, estoy de acuerdo con Brittan de que estos esquemas, como tratamiento para el problema global de la inflación, son en extremo simplistas: "El rasgo incongruente del [libro de Weintraub]... es que el autor adopta el más extremo y lúgubre punto de vista del funcionamiento actual de la economía occidental, y aún así parece considerar que todo puede subsanarse mediante un ajuste mecanicista de escalas móviles en el impuesto a las ganancias de las corporaciones. En este aspecto, por encima de cualquier sutileza técnica, lo que genera un profundo escepticismo respecto de toda la clase de literatura reformista que representa" (34).

Todas mis afirmaciones precedentes se refieren a la política de ingresos considerada como un remedio permanente de una inflación supuestamente provocada por el empuje de los costos. Luego me referiré a ella como remedio para las inflaciones provocada por expectativas.

Los economistas ortodoxos que ostentan una posición intermedia, tienden a opinar como Modigliani, que la economía es muy compleja en sí misma y que la inflación no será vencida con un ataque aislado y en un sólo frente. De los argumentos más comúnmente esgrimidos y medidas anti-inflacionaria que se desprende de ellos, considero como más importante lo siguiente:

(1) Con precios rígidos a la baja, pueden considerarse como inflacionarios los impactos del lado de la oferta (tales como los originados por incrementos de precios de la OPEP y los aumentos importantes de algunas materias primas, debidos a escaseces crecientes o costos reales de producción en aumento). Muy poco y nada puede hacerse acerca de ésto y la inflación debería ser aceptada. Es indudable que, en presencia de estos shocks, un objetivo de inflación cero significaría someter a la economía a continuos impactos depresivos.

(2) La demanda excedente puede provocar inflación y, de hecho, constituye una de sus causas. Por lo tanto, se hace necesario controlar la demanda, al menos para eliminar brechas inflacionarias. No se debería permitir que auges, tales como los de 1972-74, se desarrollen. Para ello, se hace imprescindible la estimación y publicación de la tasa natural de desempleo. Si, en la actualidad, el pleno empleo en los Estados Unidos signi-

(33) ACKLEY, G., *Okun's New Tax Based Incomes Policy Proposal*, Economic Outlook U.S.A., University of Michigan Survey Research Center vol. 5, Winter, 1978, págs. 8-9.

(34) BRITTAN, S., *Review of Weintraub's Capitalism's Inflation and Unemployment Crisis*, Journal of Economic Literature, vol. XVI, diciembre de 1978, págs. 1458-60.

fica un desempleo del 5 ½ %, produciría un desastre inflacionario pretender llevarlo al 3½ %.

(3) El manejo monetario es un aspecto importante del control de la demanda. Los bancos centrales han demostrado que pueden allegarse a los objetivos monetarios a menos que se vean imposibilitados de hacerlo por presiones políticas. No resulta demasiado claro cuál es la magnitud monetaria que deba ser sometida a control, pero probablemente sería atinado que los bancos centrales siguieron de cerca un aspecto más amplio de activos monetarios que los incluidos en M_1 . Los bancos han disminuído la expansión monetaria por debajo de los picos de la primera mitad de la década de 1970, pero el crecimiento monetario aún continúa a un ritmo veloz en la mayoría de los países. Aunque fuera sólo por esto, no debería sorprendernos que la inflación persista. Es de vital importancia, entonces, que los bancos centrales continúen reduciendo la tasa de expansión monetaria (o que vuelvan a ella sí, como el Banco Federal de Estados Unidos, en 1978, se habían alejado de dicha política).

(4) Aunque el empuje de costos - salarios parece haber sido eliminado como causa importante de la inflación de largo plazo, no se vé por qué no han de producirse fuertes accesos temporarios de presión alcista sobre el nivel de los precios, causados por impulsos de costos. Una de las muchas razones para que estos se manifiesten es la existencia de expectativas de inflación futura. Es indudable que tales expectativas se mantienen firmemente atrincheradas en la actualidad. Mientras que los directivos de las empresas y los dirigentes gremiales esperan que, en el futuro, se registren altas tasas de inflación, sus comportamientos provocarán tales tasas. Por eso, el quebrantar las expectativas inflacionarias es crucial para reducir la inflación. Pero esto es más fácil de decir que de hacer, y tanto las empresas como los trabajadores pueden tener razón al pensar que, desde que el gobierno no permitiría un desempleo masivo ni liquidaciones masivas, nada tienen que temer al convenir importantes ajustes de salarios —siempre que no se alejen demasiado de lo que otras firmas y otros gremios están haciendo. Eliminar dichas expectativas restringiendo la demanda, requiere probablemente aceptar que se produzcan quiebras y desempleo en tal magnitud que los empresarios y los trabajadores se convencen de que el gobierno no los volverá a auxiliar con medidas de expansión de demandas. Sólo entonces se hará sentir la restricción de haber llegado al límite, como debería ser siempre si se desea que los convenios privados de trabajo no produzcan inflación. Quebrar esas expectativas es una de las tareas más importantes de la política económica actual. Si no se hace, la inflación continuará y los gobiernos se verán llevados a recurrir a soluciones cada vez más desesperadas susceptibles de causar grandes daños a la economía, en el largo plazo. Varios caminos pueden intentarse. (a) La tasa de expansión monetaria puede reducirse lentamente. Esta política de gradualismo, que se está probando en Canadá, intenta reducir lentamente la tasa de inflación sin ocasionar una recesión seria. (b) Se pueden con-

cebir y aplicar medidas nuevas, como el TIP. (c) Puede administrarse una fuerte sacudida en la forma de una súbita reducción en la tasa de expansión monetaria, según los objetivos de baja inflación de largo plazo, en la esperanza de que, aunque severo, el ajuste será de corta duración.

(5) Es dudoso que algún gobierno desee provocar el desempleo masivo y la ola de quiebras que puedan resultar de (c). En un esfuerzo por eliminar esos efectos laterales indeseados, pueden imponerse controles de precios y salarios a fin de forzar el descenso de la tasa de inflación a su nuevo nivel esperado (coherente con OPEP, etc.) y mantenerla allí el lapso suficiente para generar expectativas inflacionarias bajas. Dicha política, si se puede adoptar, tendría que ser corta y abrupta. La expansión monetaria se reduciría en forma drástica y se establecería el congelamiento total de los precios y salarios, seguido por un incremento modesto y de porcentaje uniforme. El período restrictivo se extenderá a unos dos años, de ser posible.

(6) Indexar los salarios es una buena política cuando la economía se ve sujeta a impulsos monetarios, pues el proceso de ajuste requiere que los salarios y los precios se incrementen paralelamente. Sin embargo, la indexación es peligrosa cuando la economía se ve sujeta a impulsos reales que reducen el nivel de vida, por ejemplo, cuando los costos reales de la energía se incrementan. La caída del nivel de vida ocurre, en general, cuando los precios aumentan más rápidamente que los ingresos. Este mecanismo de ajuste puede frustrarse mediante la indexación, de modo que un impulso real puede iniciar una espiral salarios-precios importante, que continuará propagándose hasta que el efecto completo se haya trasladado hacia el sector no indexado. Este problema es ya bastante serio cuando la productividad está creciendo, de manera que el impulso real sólo desacelera la tasa de aumento de los ingresos reales, pero es mucho más serio cuando la productividad se mantiene constante, de modo que un impulso real significará, en realidad, una caída en los ingresos reales. A resultas de esto, la indexación debe evitarse a toda costa.

(7) Pueden resultar satisfactorias las medidas tendientes a incrementar la eficiencia de los mercados de trabajo. Todo lo que permita disminuir la tasa natural de desempleo será beneficioso. Esto incluiría hacer del desempleo una alternativa al trabajo menos atractiva que lo que es hoy, al menos en el Reino Unido y Estados Unidos, pero asegurando un nivel de beneficios suficientemente elevado para prevenir privaciones extremas y sufrimientos.

(8) Deben implementarse medidas que incrementen la tasa de crecimiento de la productividad. Han de examinarse todos los programas referentes al medio ambiente y a la acción comunitaria, y retener sólo los imprescindibles. Una importante proporción de los gastos de inversión se suele canalizar actualmente hacia dichos programas. Desde que éstos producen ingresos monetarios, pero no productos susceptibles de ser colocados

en los mercados, resultan inflacionarios. (El impacto inflacionario surge de la generación de ingresos monetarios sin una producción comercializable y es independiente del impacto que dicha política puede tener en la calidad de vida).

(9) El período 1945-74 fue de expansión secular (interrumpido por recesiones suaves). La próxima década puede caracterizarse por una disminución secular de la actividad, al menos en los países industriales más maduros (Las razones de ésto son demasiadas como para exponerlas aquí). Si esto ocurre, las perspectivas son ciertamente sombrías. La inflación puede resultar más difícil de combatir en una economía estancada que en una economía en crecimiento (los déficits de presupuesto son, sin duda, más difíciles de eliminar cuando los subsidios por desempleo y los beneficios sociales son altos). Incluso si la inflación pudiera mantenerse a tasas modestas, una productividad constante, un desempleo estructural de gran envergadura, los costos reales de la energía en aumento y una canalización de la inversión hacia la protección del medio ambiente, pueden significar que los niveles de vida constantes o decrecientes y una industria deprimida —condición que puede caracterizarse como estancación— persistirán por lo menos hasta la próxima década. Podrán necesitarse para enfrentar estos problemas una serie de medidas que estimulen un reajuste estructural. Por cierto, debe evitarse toda acción que lo desanime.

Finalmente, notemos que los monetaristas tienden a enfatizar la reducción de la tasa de expansión monetaria como medio necesario y suficiente para eliminar la inflación. No diré mucho al respecto aquí, desde que tal reducción es un elemento clave del "paquete" de medidas del economista más moderado, descrito más arriba. Sin embargo, dos puntos merecen alguna consideración. Primero, el seguir el consejo un tanto extremo de confiar sólo en la oferta monetaria para controlar la inflación significa, en realidad, confiar en el supuesto de que las restricciones monetarias no serán soslayadas por innovaciones financieras que crean nuevos sustitutos del dinero o economizan los saldos monetarios existentes. Este punto fue destacado repetidamente por Kaldor (35). Segundo, hay que señalar, un aspecto en que el tratamiento monetarista se asemeja al punto (4) del programa más amplio esbozado arriba. Los monetaristas creen que los convenios laborales privados no provocarán inflación si se evita una expansión monetaria excesiva. Esta teoría supone que las empresas son conscientes de que los convenios salariales que se desvíen de lo razonable, dados los precios corrientes, provocarán pérdidas y aún en casos extremos, quebrantos, ya que el gobierno se mostrará remiso en convalidar, mediante expansión monetaria, las tasas de inflación que resulten de las negociaciones. Antes de convencerse de ello nuevamente, como ocurriera en períodos no inflacionarios previos, algunas empresas tendrán que ser castigadas con pérdidas

(35) KALDOR, N., *The New Monetarism*, *Lloyd's Bank Review*, No 97, 1970, págs. 1-18.

y/o quebrantos. Nadie sabe cuántas firmas fracasarán ni cuantos trabajadores deberán perder sus empleos antes de estar finalmente convencidos. (Las expectativas racionales no servirán de mucho aquí, porque nadie, ni Ud., ni yo, ni el mismo gobierno sabe si cumplirá con la política anunciada una vez que las empresas comiencen a quebrar). Los hombres de negocios en el Reino Unido se quejan ya amargamente, porque la restricción monetaria les causa problemas de flujos de fondos. Es de esperar que los monetaristas les hayan explicado la dura realidad a quienes, desde bambalinas, les ofrecen el apoyo gubernamental. Es, sin duda, muy poco lo que se ha dicho públicamente para preparar a los gobiernos para la hostilidad que las empresas y los trabajadores les evidenciarán cuando permanezcan inmóviles y dejen que la ola de quebrantos convenza finalmente a las empresas de que, de aquí en más, el beneficio evaluado a precios corrientes deberá ser la única restricción válida en el establecimiento de los contratos salariales.

¿Qué haría yo, si estuviera en el lugar del jefe de gobierno del Reino Unido o mejor aún, de Canadá? Como pertenezco a los moderados dentro de la corriente de pensamiento que asigna importancia a las fuerzas de mercado, intentaría aplicar el conjunto de las medidas delineadas arriba. Pero también, por no saber cuánto durará mi gobierno y porque creo que, políticamente, cuando las cosas no marchan muy bien, es más fácil sobrevivir a una crisis aguda, corta, que a un período recesivo largo, me inclinaría por el tratamiento de shock: reducir la tasa de expansión monetaria a 3.5% en pocos meses; imponer el congelamiento de los precios y salarios durante seis meses y, a continuación, durante otro período de transición, aplicar un modesto incremento porcentual uniforme; recurrir a la política fiscal para eliminar cualquier exceso de demanda que aún persista; reducir las compensaciones por desempleo de modo de establecer una diferencia significativa entre éstas y los salarios; atacar las prácticas restrictivas y los acuerdos especiales de provisión de mano de obra; y usar un chaleco a prueba de balas cada vez que aparezca en público.

Aunque piense, como siempre lo he hecho, que hay mucho de cierto en el enfoque monetarista, me parece innecesario "poner todos los huevos en una canasta" monetarista. Por supuesto, si se aplican todas estas medidas simultáneamente y la inflación cede, podría no saberse nunca cuál de ellas fue la responsable. Pero cuánto mejor será que pasemos la próxima década discutiendo qué medicina curó al paciente, en lugar de tratar de averiguar las presuntas causas de su muerte.

Richard G. Lipsey
Queen's University
Kingston, Ontario, Canadá